



Vol. 6, No. 1, Fall 2008, 15-49
www.ncsu.edu/project/acontracorriente

**Modernidad y dictadura en Chile:
la producción de un relato excepcional**

Sergio Villalobos-Ruminott

University of Arkansas

El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas, Chile puede ser libre.

Simón Bolívar, "Carta de Jamaica"

Introducción

Entre los múltiples debates que cruzan los diversos campos intelectuales y políticos del Cono Sur latinoamericano en la actualidad, la

caracterización del rol y la importancia histórica de los años de dictadura y guerra sucia, sigue siendo de ambigua ponderación. Para muchos, estas dictaduras funcionaron como procesos de ajuste social y violenta represión casi-fascista en momentos en que la expansión del ciclo revolucionario del tercer mundo llegaba a su máximo esplendor (siendo el proceso cubano el momento que marca la radicalización continental). Sin embargo, no se puede desconsiderar que junto a esta dimensión represiva y “negativa”, corresponde a estas dictaduras el haber implementado o producido las condiciones para la plena puesta en marcha de los procesos de liberalización económica y de globalización financiera. Si la Unidad Popular en Chile (1970-1973) pudo ser leída como una *sui generis* experiencia de “socialismo con empanadas y vino tinto”, su fracaso, el 11 de septiembre de 1973, marcó también el cierre del periodo histórico abierto con el fin de la Segunda Guerra Mundial y que se expresó, en el contexto de la Guerra Fría, como una disputa integral entre proyectos alternativos de sociedad (democracia versus totalitarismo, por un lado; socialismo o barbarie, por el otro). El fin de la “vía chilena al socialismo” no sólo fue el fin de un proceso pacífico e institucional de reforma social, sino también marcó el agotamiento de los modelos políticos y culturales de la izquierda latinoamericana tradicional.

Sin embargo, la ponderación de las dimensiones “positivas” o productivas del periodo dictatorial conlleva ahondar el análisis de los dispositivos de poder y “gubernamentalidad” (para usar una noción foucaultiana) de dichos regímenes, más allá de nociones tributarias de la ciencia política tradicional: sociedad civil, formación de la comunidad nacional, dictaduras como excepción a la democracia, tendencia latinoamericana al autoritarismo, etc. Las dictaduras fueron tanto operaciones biopolíticas cruentas y calculadas (que utilizaron sistemáticamente la tortura y el asesinato, como *conditio sine qua non* para la transformación de la sociedad), como también regímenes de modernización institucional y de liberalización financiera, siendo, otra vez, el caso chileno, bastante ejemplar: para David Harvey (2005), entre muchos, la dictadura de Pinochet y la implementación del programa económico de los “Chicago Boys” asociada a la transformación neoliberal

contemporánea, constituye un caso paradigmático en el mundo contemporáneo.

Si bien es cierto que la dictadura chilena difiere de las demás dictaduras recientes en la región por su cruda eficacia represiva y modernizadora (1973-1989), también lo es que las transformaciones impulsadas por ésta se inscriben en un cambio generalizado de la estructura social, el campo cultural y las prácticas intelectuales a nivel regional. En este sentido, los golpes de Estado, en general, interrumpen un proceso de radicalización social, pero radicalizan a su vez, procesos de transformación socio-cultural que la región venía experimentando desde mediados de siglo. Queda por discernir si la crisis de los proyectos revolucionarios y de los paradigmas militantes y críticos de los años 60s se debió sólo a la represión autoritaria, o también al agotamiento de sus dinámicas internas. Para decirlo de manera sencilla: ¿a qué se debe la crisis del marxismo latinoamericano, al proceso represivo y la estrategia norteamericana del *containment*, férreamente implementada desde fines de los 60s, o, a la emergencia de nuevas dinámicas culturales que hacían manifiesto el agotamiento categorial del pensamiento crítico tradicional y desordenaban sus lógicas de representación y racionalidad política?

Mientras que determinar los alcances de dicha interrogante excede el cometido de las siguientes páginas, en ellas nos concentraremos en precisar las lecturas que dichas transformaciones culturales y los cambios paradigmáticos asociados al proceso dictatorial chileno recibieron de parte de las ciencias sociales y cierto campo intelectual chileno. A pesar de sufrir directamente los embates represivos y el desmantelamiento institucional operado por la maquinaria dictatorial, los practicantes de las artes visuales, la literatura y el teatro, el periodismo crítico, las ciencias sociales y la historia, la crítica cultural y las nuevas estéticas post-representacionales, los emergentes estudios de comunicación y cultura, entre muchos otros, lograron reconfigurar un cierto campo intelectual crítico del autoritarismo chileno y re-elaborar una interrumpida relación con la historia que había sido violentamente expropiada por la intervención militar. Desde las reformulaciones del arte bajo dictadura con el Taller de Artes Visuales (experiencia encabezada por los profesores exonerados de la Escuela de

Bellas Artes de la Universidad de Chile) ya a mediados de los 70s, y, posteriormente, con la emergencia de la Escena de Avanzada y el grupo CADA, en los 80s; hasta la configuración de un ensayismo crítico de la objetualidad artística y cultural, con los textos de Ronald Kay, Nelly Richard y, alternativamente, José Joaquín Brunner, entre otros, pasando por la producción de una innovadora hermenéutica cultural, en la que destacan los aportes de Bernardo Subercaseaux, y en un sentido distinto, del mismo Brunner, el campo crítico y cultural chileno no sólo se ponía a la altura de la cruenta facticidad cotidiana, sino que actualizaba sus agendas de acuerdo a las innovaciones teóricas continentales.

Mientras que los aportes del ensayismo filosófico y de las hermenéuticas de la cultura, junto a las consideraciones estéticas y críticas asociadas con la Escena de Avanzada y la neo-vanguardia, nos ocuparán en un momento posterior, nos interesa aquí presentar un contexto general de legibilidad del debate chileno al interior de las ciencias sociales, particularmente, de aquellas ciencias sociales abocadas a producir una cierta lectura verosímil sobre la crisis de la sociedad chilena, sobre la Unidad Popular, el golpe de Estado y las consecuencias de la dictadura para la transformación de la sociedad nacional.

La hipótesis general que comanda nuestra presentación consiste en reconocer a estas lecturas del proceso histórico chileno su capacidad para reformular agendas críticas y conceptuales en tiempos de crisis, su intento por re-elaborar una relación, postraumática, con la historia y hacer sentido en medio del desorden dictatorial. Pero, a la vez, consideramos que al re-elaborar una cierta lectura de la historia (una cierta relación entre teoría y facticidad), estas prácticas intelectuales quedaron presas del formato normativo del pensamiento moderno, que se expresa, concretamente, en la perpetuación de criterios de continuidad institucional y jurídica a la hora de comprender el proceso histórico nacional y regional. Llamamos a esta limitación normativa, principio evolucionista de comprensión y su manifestación patente está en la producción, por parte de las teorías “transitológicas” chilenas, de un relato excepcionalista sobre la continuidad de la democracia en el país. En lo que sigue, entonces, nos concentraremos en señalar 1) la forma en que una determinada lectura de la modernidad

regional funciona como presupuesto necesario para 2) la construcción de un cierto relato sobre la innovación paradigmática, misma que permite 3) la elaboración de criterios normativos para determinar una lectura reconstructiva del pasado y del proceso transicional chileno.

1) Modernidad, heterogeneidad y mercados simbólicos

En los años 80s, y debido a un conjunto de innovaciones conceptuales y paradigmáticas que disputaban al viejo modelo decimonónico de civilización y cultura (todavía vigente en las teorías desarrollistas implementadas desde los años 50s en el continente) su indiscutida validez, se hizo posible una teoría de la modernidad en América Latina que no desconsideró la esfera simbólica de los medios de comunicación de masas, ni tampoco olvidó, en el momento de sacar sus cuentas, las dinámicas de re-apropiación y re-producción cultural hasta ese entonces negadas o reducidas a la teoría tradicional de la manipulación ideológica. Así, este cambio de perspectiva hizo posible reformular los credos habituales sobre la política y el papel de los intelectuales en ella, y motivó la búsqueda de alternativas de gestión cultural más allá de las viejas confianzas en el rol del Estado y las militancias partidarias. Gracias a esto, la cultura ya no será concebida como una esfera adyacente al Estado preceptor o pedagógico ni quedará remitida a las sofisticadas prácticas de algún sector social privilegiado. Pero, si la modernidad ya no es una monolítica aspiración regional, ni la cultura un resumen de las novedades editoriales y artísticas del primer mundo, tampoco la democracia podrá seguir siendo concebida como una inalcanzable aspiración de las jóvenes repúblicas latinoamericanas. Ahora se hace necesario entender la democracia como una forma secular de organizar la sociedad y humanizar el ya naturalizado capitalismo global, dejando atrás aquellas concepciones normativas sobre un modelo ideal de sociedad.

Estos desplazamientos fueron claves en las nuevas configuraciones del campo intelectual chileno que disputaba a la oficialidad del régimen militar, pero también a la izquierda tradicional, la hegemonía en las formas de leer la escena local. A pesar de la diversidad de posturas críticas emanadas desde el teatro, las artes visuales, la literatura y la historiografía

social, lo cierto es que el papel desempeñado por los discursos “transicionales” en su lectura de la experiencia histórica de la Unidad Popular, el golpe y la dictadura, posibilitó su ubicación hegemónica en el tímido debate chileno y facilitó su estratégica función de orientación y diseño de la transición a la democracia.

Para esto, se requería no sólo diagnosticar el pasado nacional, sino también evaluar las condiciones regionales que hacían inteligible el caso chileno. Era imperioso elaborar una lectura de la modernidad latinoamericana que enfatizara, por un lado, sus aspectos secularizadores, relacionados con la organización racional de la sociedad, el Estado, el mercado y los sistemas industriales y de educación formal y, por otro, permitiera unificar los divorciados criterios que históricamente habían dividido a la modernidad cultural de la modernización económica y social. Si la misma tradición latinoamericana había alcanzado con el *boom* literario una compensatoria modernidad cultural, como indicaba con cierto escepticismo Octavio Paz, ahora nos encontrábamos, paradójicamente, con una re-estructuración neoliberal que se mostraba como pasaporte y bienvenida a la globalización, pero en momentos de agotamiento generalizado del otrora esplendoroso *boom*.

Todo esto se tradujo en una teoría flexible y heterogénea de la modernidad, que superó los *impasses* del monolítico modelo europeo—todavía un proyecto inconcluso—, y que trascendió los intentos hermenéuticos e identitarios tradicionales demasiado proclives a la especulación y a la romantización de la especificidad latinoamericana.¹ La modernidad latinoamericana debía ser concebida de forma heterogénea e inclusiva más que de forma homogénea y segregativa. Esto último ha llevado a Hermann Herlinghaus a revisar este periodo, en los siguientes términos:

¹ En este sentido, la disputa cultural encontró su versión más tradicional en la teoría del *ethos* cultural de Pedro Morandé (*Cultura y Modernización en América Latina*, 1984), su versión más liberal en José Joaquín Brunner, y su versión más histórico-hermenéutica en Bernardo Subercaseaux (*Notas sobre autoritarismo y lectura en Chile, 1984. Fin de Siglo. La época de Balmaceda. Modernización y cultura en Chile*, 1988).

El peso con que investigadores chilenos se han insertado en la reconceptualización de las ciencias sociales en los años ochenta tiene no poco que ver con las hendiduras y los profundos efectos transformadores en lo social, lo académico y lo más ampliamente cultural que ha tenido el régimen militar de Pinochet, resaltando como modelo culminante de su estirpe en el Cono Sur [...] Chile fue uno de los países donde más llamativamente se constituyeron modelos heterotópicos de investigación sociológica y politológica en condiciones de acelerada modernización económica bajo tutela militar.²

Sin embargo, estas innovaciones epistemológicas y críticas no son necesariamente indicativas de algún tipo específico de práctica intelectual, ni determinan el tipo de circulación y uso al que están expuestas. Desconocer esta incongruencia sería equivalente a postular un principio hermenéutico trascendental; desconocer los aportes que Herlinghaus destaca en el campo chileno equivaldría, por otro lado, a una obliteración desproporcionada. Y, aún así, esta incongruencia germinativa pone de manifiesto una ambigua yuxtaposición entre los aportes de dichos científicos sociales y el rol crucial que sus discursos terminaron cumpliendo en la pactada transición chilena. En dicho proceso, el mérito indudable de los discursos transicionales consistió no sólo en la redefinición del campo cultural, simbólico y comunicacional, sino también en haber servido como criterio de orientación para la implementación de la “recuperada” democracia. Queremos sugerir que dicho mérito es proporcional a su reconstrucción normativa del proceso político chileno, con sus discutibles lecturas de la Unidad Popular, del golpe de Estado y de la dictadura. Es decir, más allá de sus innovaciones teóricas, muchos de estos discursos quedaron subordinados a la lógica realista de la transición chilena, y funcionaron como criterios estandarizados y oficiales de entender el pasado nacional, indiferenciándolo en un estado general de predictadura. A la vez, elaboraron una consideración redentorista del golpe de 1973, cuestión que mitificó su efecto fundacional, partiendo la historia entre un erróneo

² *Renarración y Descentramiento*, 2004, 41. El trabajo de Herlinghaus enfatiza los aspectos narrativos de estas teorías, en un marco constituido por las relaciones entre imaginación y potencia colectiva en la cultura latinoamericana. Nuestra lectura cuestiona no la hipótesis general de Herlinghaus sobre las ciencias sociales chilenas, sino las exigencias y limitaciones pragmáticas que la transición democrática impuso sobre ellas.

pasado juvenil y una secularizada madurez de postdictadura. No se trata de suponer una línea causal entre el desarrollo de las hermenéuticas culturales y el tibio realismo transicional, pues no todos los autores vinculados con estas innovaciones paradigmáticas transitaron hacia el mismo lugar, se trata, por el contrario, de mostrar las utilidades pragmáticas que dicho desplazamiento hermenéutico posibilitó para elaborar una criteriología normativa y restrictiva de la actual democracia chilena.

Así, al elaborar un relato sobre el pasado nacional, estos discursos remitieron los conflictos y antagonismos sociales del pasado, a un cierto populismo idiosincrásico (la Unidad Popular); y del presente, a un ámbito institucional relativo a la precaria democracia pactada, expropiando con esto a la narrativa histórica de sus centrífugas dinámicas para-estatales. Quizás, la consecuencia más relevante de esta operación de lectura fue la desactivación del potencial democrático de los movimientos de protesta de los años 80s, que desestabilizaron el régimen dictatorial y que reactivaron un protagonismo social expropiado por la violencia del golpe, favoreciendo, en cambio, el reposicionamiento en la estructura del Estado de una “renovada” lógica de representación política (Concertación de Partidos por la Democracia). Para recordar a Ranajit Guha podríamos decir que, en relación a la transición chilena, estos discursos funcionaron como una forma criolla y tardía de prosa de la contra-insurgencia.

De esta manera, la primera tarea encargada a esta generación a la deriva (desvinculada de las universidades, reprimida y exiliada) era la de producir un concepto flexible y heterogéneo de modernidad que superase el conocido lamento sobre “nuestro” atraso cultural. Las sociedades latinoamericanas ya eran modernas,³ y su carácter mágico y “folclórico” tantas veces vinculado con el primitivismo de una visión imperial y eurocéntrica, ya no remitía a una premoderna identidad cultural, que adornaba los catálogos turísticos, literarios y antropológicos de la región, sino a “nuestra” forma particular de vivir la experiencia colectiva. Esto, a su vez, permitió desplazar la discusión hacia ciertos núcleos institucionales y

³ Brunner declara: “[n]o somos “diferentes” sino iguales a las sociedades que nos precedieron en la construcción de la modernidad: somos un producto de la transformación social, económica y técnica del campo cultural” (*Cartografías* 178).

hacia redes simbólicas y mediáticas liberadas de su endémica reclusión Estatal. Brunner precisaba:

[Q]uisiera argumentar que las sociedades latinoamericanas han llegado a ser modernas porque, al igual que el resto de Occidente y de parte importante de la humanidad no occidental, viven en la época de la escuela, los mercados y las hegemonías como modo de configurar el poder y el control (*Cartografías* 125).

Así, la tardía modernidad regional, producto de brutales procesos de liberalización económica y represión social, de ajuste socio-económico y de forzado disciplinamiento fiscal, era presentada como destino de un proceso general de maduración, en el cual había que enfatizar los aspectos relativos a la pluralidad cultural y a la contingencia de las identidades sociales. Pero, ¿no era ésta una interpretación que confundía la modernidad con el transformismo radical del régimen militar?

Con esto, se intentaba no sólo elaborar una consideración ajustada a la heterogeneidad efectiva de la sociedad latinoamericana, sino además, evitar la re-caída en cualquier tipo de versión romántica (premoderna) del pasado. Por un lado, se cuestionaban las versiones que diagnosticaban “nuestro” endémico retraso como producto de una particular simbiosis entre cristianismo e hispanismo (Paz), con su consiguiente recurso teológico al *ethos* cultural latinoamericano (Morandé 1984); pero, por otro lado, se trataba de diagnosticar las transformaciones culturales precipitadas por el desarrollo de los mercados simbólicos y los medios de comunicación de masas que se volvían cada vez más universales en esta parte del continente. El espejo en el cual la sociedad latinoamericana se reflejaba, ya no estaba enterrado (Fuentes) sino trizado (Brunner, *El espejo trizado*, 1988) y era necesario hacerse cargo de estas nuevas dinámicas socio-culturales a fin de evitar una imagen equivocada de una realidad compleja y plural. Esto tuvo enormes consecuencias a la hora de confrontar el núcleo especulativo de los debates regionales sobre la identidad latinoamericana: ni el sincretismo, ni la transculturación narrativa (Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, 1982), ni ninguna otra ideología cultural resultaban aptas para definir una modernidad que se había impuesto fácticamente. El ajiaco, como metáfora culinaria de una

sabrosa cultura regional (Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, 1978), estaba servido y con él, llegaba a su máximo apogeo el banquete antropofágico de las vanguardias.

Esto exigió, a su vez, una *redefinición* no sólo de la cultura sino también de la práctica intelectual que ya no necesitará apelar a la tradición, especificidad o identidad regional para pensar su inscripción en la sociedad: la cultura aparece así, sin distancia, articulada al mercado, pero el mercado ya no será simplemente representado como origen de todas los males sociales, sino, por el contrario, como instancia de articulación y desarticulación de identidades y prácticas culturales más allá de la lógica unilateral del Estado modernizador latinoamericano. Mapas y pliegues alternativos y no simultáneos (Rincón, *Mapas y pliegues*, 1996), epistemologías nómades (García Canclini), mediaciones y narraciones intermediales (Martín Barbero), serían los estigmas de esta misma renovación a nivel regional.

En este sentido, en la medida en que esta concepción se contrapuso a la versión homogénea y estandarizada de modernidad, también alteró el viejo modelo de intelectual público y de universidad nacional, favoreciendo una privatización y multiplicación de las agendas educativas, en función de criterios post-estatales y mercantiles de flexibilización curricular.⁴ La práctica intelectual aquí implícita, una vez liberada del pesado lastre de su condición estatal, ilustrada y reformista, flotaría en un mundo complejo y dinámico en el que las viejas escalas de valores se democratizan y mercantilizan, a su vez, en un proceso de globalización generalizado. Por lo mismo, cualquier intento de resurrección de una concepción sustantiva de modernidad implicaría la reinstalación de un tipo de práctica intelectual asociada al modelo “frankfurtiano” de elitismo cultural. La responsabilidad

⁴ Esta es la importancia de la llamada Ley Brunner de educación superior en Chile, elaborada en los ochenta e implementada en los noventa (*Educación superior en América Latina*, 1990). En ella, la universidad queda desvinculada del Estado nacional y “liberada” para redefinir de sus agendas de acuerdo a los criterios democráticos y mercantiles de una cultura heterogénea. Esta re-fundación contractualista post-estatal no sólo suaviza las consecuencias de la privatización neoliberal de las universidades públicas implementada por la dictadura, sino que favorece las reformas curriculares y la proliferación de carreras e instituciones de educación superior, cuestión que mostrará sus aspectos devastadores en el presente (la mercantilización generalizada de la educación y la deriva absoluta de la práctica crítica).

intelectual ya no radicaría, entonces, en la producción de infinitos marcos especulativos donde inscribir a las sociedades latinoamericanas, sino en la producción práctica y responsable de políticas públicas que faciliten el acceso a la cultura y, con ello, refuercen la misma democracia. De esta forma, en Chile, la eficacia en la gestión y el realismo político desplazaron en importancia a la producción de utópicos modelos de sociedad futura. Esta fue la condición de la renovación paradigmática en las ciencias sociales, y política, en el socialismo.

Si la modernidad ya está inexorablemente entre nosotros, entonces, la supuesta diferencia entre ésta, entendida como un horizonte cultural de configuración de prácticas sociales, de constitución hegemónica de lo político y de definición de proyectos emancipatorios, y la modernización, entendida como desarrollo económico y societario, se vuelve irrelevante, cuestión que desplaza o resuelve, al menos teóricamente, la aporética relación entre capitalismo y democracia. En términos gramscianos, podríamos decir que esta nueva *intelligentsia* rechazó la filosofía de la historia desde un cierto realismo desenfadado, y así, se constituyó como *apropiada* lectura sobre la realidad regional y chilena.

Pero, si ya no es posible distinguir modernización (facticidad) de modernismo (pensamiento crítico) sin obliterar el carácter interdependiente de ambos procesos, entonces, la crítica al transformismo neoliberal implantado con la dictadura chilena quedó peligrosamente anulada o convertida en inconformismo y nostalgia intelectual. Por lo mismo, antes que antagónica, la estrategia de estos discursos fue la de un plegamiento a la “lógica de los hechos” y así, el mercado ya no podía ser concebido como el indómito escenario de la guerra o de la explotación del hombre por el hombre, sino como un espacio de resignificación de identidades sociales que ya no respondían al esquema simplificador de la lucha de clases. La mercantilización generalizada de la cultura no era sólo un efecto nocivo del predominio de la razón instrumental, sino también su democratización, y este desenfado post-frankfurtiano caracterizará el debate regional y nacional de los años noventa.

Pero, ¿es cierto que el mercado es el gran re-codificador de las identidades sociales? En la medida en que estas identidades se re-codifican

simbólicamente de acuerdo a la variada oferta y demanda contemporánea (con sistemas diversificados de producción *para* la diferencia), entonces, todas estas reflexiones apuntan al abandono de la vieja crítica marxista del fetichismo de la mercancía y fetichizan, de una u otra forma, el potencial liberador del consumo cultural, en cuanto práctica de resignificación del poder y de reproducción simbólica. Las identidades sociales mediadas por estos procesos:

[N]o expresan un orden—ni de nación, ni de clase, ni religioso, ni estatal, ni de carisma, ni tradicional, ni de ningún otro tipo—si no que reflejan en su organización los procesos contradictorios y heterogéneos de conformación de una modernidad tardía, constituida en condiciones de acelerada internacionalización de los mercados simbólicos a nivel mundial (*Cartografías* 134).

Sin embargo, ya a principios de los años 70s, con los golpes de Estado y las intervenciones militares que frenaron los procesos sociales de democratización, lenta y parsimoniosamente inaugurados con la desvinculación colonial y proseguidos en el siglo XIX, mediante la ambigua configuración soberana de los Estados nacionales, quedó claro que cualquier posibilidad de incorporación a una dinámica universal de modernidad, se daría mediante una violenta implementación modernizadora (desarrollista o neoliberal), que volvería a hipotecar las esperanzas democráticas en una forzada síntesis cultural. Los golpes venían tanto a confirmar un modelo autoritario siempre latente en la historia regional, como a transformar las relaciones históricas de dependencia con las metrópolis, mediante un modelo de acumulación flexible y diversificada. Esto obligó a las ciencias sociales y gran parte de las humanidades a distanciarse del paradigma asociado con un nostálgico modernismo que se había parapetado históricamente en la defensa de los valores tradicionales del continente (desde el *arielismo* hasta el *macondismo*), contra el indiscriminado *imperialismo* norteamericano (Martí, Rodó, Aimé Césaire, Fernández Retamar, etc.); y a potenciar el desarrollo, más o menos articulado, de nuevas lógicas conceptuales para reapropiar y reorientar el menú teórico de la oferta metropolitana. En este contexto, observa Herlinghaus:

Durante los años ochenta, la reformulación de disciplinas enteras alrededor de la problemática de la modernidad se daba hasta cierto grado a nivel mundial; y en América Latina, los teóricos se insertaron en el debate internacional desde esa paradoja que podría llamarse 'desigualdad modernizada'. Un rasgo común de las discusiones en varias partes del mundo consistía en la radical reformulación de la noción de cultura (*Renarración* 40).

Es innegable que gracias a estas reformulaciones se avanzó en la posterior matización de conceptos como el de postmodernidad, desterritorialización y multitud que, en principio, fueron asumidos irreflexivamente y funcionaron como simple reemplazo nominal de la crítica ilustrada. Sin embargo, esto no nos impide sugerir que el entusiasmo en la redefinición de la noción de cultura y modernidad, en cuanto postergó el análisis de las cruentas transformaciones en las estructuras de poder político y económico, quedó atrapado en una suerte de *neo-ricardismo* para el cual el consumo y la distribución representaban lugares analíticos prioritarios, pero ahora en un plano cultural y comunicacional.

En definitiva, esta concepción de modernidad, distanciada de la versión más homogénea, precipitó la sentencia de muerte para un agónico campo intelectual tradicional que había sido violentamente desplazado del centro del debate por las asonadas dictatoriales. Las intervenciones militares de los años setenta también mostraron el agotamiento de los modelos interpretativos y categoriales latinoamericanos que se encontraban no sólo incapacitados de prever la radicalidad de la violencia política estatal, sino también imposibilitados de pensar la transformación mediática y comunicacional de la cultura y la sociedad latinoamericana en general. Esto significó, de una u otra forma, el fin de una forma histórica de la *intelligentsia* burguesa, y permitió el desarrollo de una nueva forma de *intelligentsia* cultural.

Para esta *intelligentsia* cultural, América Latina era moderna no porque la modernidad fuera "una y la misma en todas partes" (Rama), sino por el innegable desarrollo de ciertas instituciones y prácticas sociales. No se trataba de un proceso homogéneo sino que radicalmente heterogéneo, aún cuando dicha heterogeneidad continuaba supeditada a controvertidos indicadores (institucionales y metropolitanos). A la vez, junto con la

liberación del campo cultural de su asentamiento estatal, planificador y reformista, y de su práctica elitista y letrada, para abrirse a los medios de comunicación, las narrativas populares y las formas heteróclitas de la cultura popular, era necesario producir una concepción radical de heterogeneidad que contrarrestara las insistencias no sólo del pensamiento identitario tradicional, sino también del marxismo ortodoxo y del “determinismo económico” en general.

Sin embargo, en Chile, esta concepción capital para una consideración post-normativa de la formación histórica de la sociedad latinoamericana, quedó indefectiblemente remitida a la lógica “contra-insurgente” de la transición democrática, precisamente, porque quedó convertida en criterio para el diseño de políticas públicas de marcada orientación compensatoria. Indudablemente, las reflexiones contemporáneas en el campo cultural han producido importantes matices en las formas de concebir la diversidad social en la región. Tanto las híbridas identidades urbanas del México actual (García Canclini), como la heterogeneidad étnica en la región andina (Cornejo Polar, *Escribir en el aire*, 1994), y los controvertidos estudios de subalternidad y post-colonialidad, propulsados desde la academia norteamericana (John Beverley, *Subalternity and Representation*, 2000; Walter Mignolo, *Local Histories/Global Designs*, 2000; entre muchos otros), tienen en común su sostenido distanciamiento de los formatos homogéneos de la identidad nacional y regional. Sin embargo, más allá de sus contribuciones teóricas, el problema sigue siendo el de la incongruencia entre una lectura sustantiva de la heterogeneidad social y una determinación normativa del “que-hacer”, es decir, el problema de la relación entre teoría y práctica. Por esto, no es extraño que la heterogeneidad haya llegado a ser concebida como *a priori* material de las teorías culturales contemporáneas, así nos indica, otra vez, Herlinghaus:

Visto desde los mecanismos de dominación, el concepto de heterogeneidad no se asemeja ni a ‘mezcla’ ni a ‘diversidad’, sino que ayuda a indagar las desigualdades del mundo simbólico [...] No usamos *heterogeneidad* como noción descriptiva y empírica, sino como uno de los conceptos más incómodos y peligrosos que los

aparatos del poder simbólico no cesan de reprimir en su base epistemológica (*Renarración* 16.)

Sin embargo, aún cuando la importancia de esta noción es evidente, la valoración que hace el mismo Herlinghaus del aporte de las ciencias sociales chilenas, parece desconsiderar la forma en que éstas facilitaron la conversión de la misma heterogeneidad en una hipostasiada categoría de sociedad civil. Lo que aparecía en los múltiples estudios dedicados a las transformaciones culturales⁵ como un progreso evidente en el ámbito conceptual y analítico, en los años 80s, pronto fue pragmáticamente traducido a la gestión y administración gubernamental y se mimetizó, una vez más, con las estrategias de legitimación estatal.⁶

La conversión de la dislocada multiplicidad social en una indiferenciada sociedad civil es coherente, además, con un proceso de largo plazo, en el que nociones como sincretismo, híbridez y transculturación, junto a las de mestizaje e identidad han operado como hipótesis relativas a la constitución de las sociedades latinoamericanas, por un lado; y como ideologías de claro diseño estatal, orientadas a la producción o justificación normativa de algún tipo específico de organización de la nación, por otro lado. Ellas, en cuanto nociones de una irrenunciable hermenéutica social, responden a la pregunta por el estatuto de la sociedad latinoamericana, pero lo hacen supeditando el análisis a una comprensión teleológica de la nación, o subordinándolo a una concepción normativa (incluso *hobbesiana*) del orden social. Por esto, asumir la heterogeneidad (o la multiplicidad) como punto de partida implica un cuestionamiento radical de las formas en que conceptos como sociedad civil y gobernabilidad circulan en los discursos contemporáneos de las ciencias sociales

⁵ Debemos mencionar, en este caso, los tempranos trabajos de Brunner y Gonzalo Catalán (*Cinco ensayos...* 1985), y Brunner (*El espejo trizado...*1988). En una perspectiva complementaria, los documentos de trabajo publicados a mediados de los 80s en CENECA. Junto a los enfoques politológicos de Tomás Moulian, Manuel Antonio y Garretón, y Norbert Lechner, entre otros.

⁶ Por esto, no asombra la falta de consideración sobre la diversidad efectiva de la sociedad nacional. No existe una consideración coherente y sostenida sobre el problema étnico, cuestión que muestra como los indicadores de la heterogeneidad aquí referidos, siguen atrapados en una hermenéutica tradicional y restringida. El círculo de la interpretación sigue siendo demasiado estrecho. Será la historia social contemporánea la primera en abrir este flanco en los años 80s, y mas decididamente, en los 90s.

latinoamericanas, facilitando la reformulación del vínculo entre saber y poder, y orientando la gestión estatal, la seguridad y el control ciudadano (gubernamentalidad), en un marco cada vez más globalizado.

Por supuesto que estos discursos permitieron la rearticulación de una historia dramáticamente indescifrable, haciendo que su violenta trama mostrase su sentido (*meaning / direction*); pero, al hacer esto, también produjeron una reconstrucción normativa que debe ser reconocida y disputada. La importancia del diagnóstico socio-cultural de América Latina y su redefinición de la modernidad, la cultura y la heterogeneidad, no debe ocultar la insistencia en un viejo vicio excepcionalista que se complementa con una versión evolutiva de sus propias premisas disciplinarias.

2) *Disciplina y disciplinamiento social*

El que cada sociedad cuente la historia de manera tal que ella misma aparezca como su más desarrollada etapa, es una operación ideológica vulgar, según nos advertía Marx en su famosa *Ideología alemana*. Por ello, no debe extrañar que los discursos transicionales repitan aquel mecanismo retrospectivo como clave de su auto-legitimación en el debate chileno: se trata de producir una identificación entre la accidentada historia de América Latina y la ejemplar historia de las ciencias sociales, como condición epistemológica y existencial para un análisis de las posibilidades abiertas con el fin de la dictadura y la así llamada “recuperación” de la democracia. Esto permitió sostener la reciprocidad entre evolución social y epistemológica y facilitó la configuración de una visión secular que habría hecho su experiencia de maduración en los talleres de la historia. Así, los análisis de la modernidad tardía, de los mercados simbólicos y de la política secularizada, en los años 80s, disputaron al campo oficialista de la dictadura militar, la lectura hegemónica sobre el estado de la sociedad chilena, y con ello, se inscribieron como discurso oficial de la transición nacional.

Para ganar esta disputa, sin embargo, todavía era necesario superar de forma definitiva las taras del utopismo juvenil y las arbitrariedades de un poco riguroso compromiso político e intelectual. Por lo mismo, la renovación temática de estas disciplinas irá de la mano con la renovación

política del socialismo, cuestión facilitada, a su vez, por el desencanto analítico y político de una generación golpeada por la historia.⁷

Por otro lado, el vínculo entre ciencias sociales y procesos de modernización en América Latina, siempre ha sido un síntoma de la estrechez analítica de los reformadores sociales y de la vocación intervencionista de sus exponentes intelectuales. El surgimiento de una consideración objetiva y científica sobre los comportamientos sociales ya había delatado su raigambre positivista en el siglo diecinueve, pero será con la implementación de los programas de industrialización y sustitución de importaciones de mediados del siglo XX, donde se expresará de mejor manera este vínculo entre el desarrollismo y la incipiente ingeniería social norteamericana asociada al estructural-funcionalismo. Fue esta estrechez analítica la que posibilitó la emergencia, en los años 60s, de variadas teorías críticas del desarrollismo (Andre Gunder Frank) y de la relación entre imperialismo y dependencia (Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos, Vania Bambirra, etc.)⁸, lo que fue leído desde el contexto chileno de los años 80s como una errática politización del campo intelectual.⁹ Así, la intervención militar y la misma dictadura habrían forzado la re-elaboración de los mapas epistemológicos y políticos de esta intelectualidad y habrían favorecido no sólo la incorporación de autores heterodoxos a la tradición de la izquierda militante, sino también la definitiva profesionalización de una disciplina que abandonó sus agendas radicales y se concentró en el diagnóstico y bienvenida de una esquiua modernidad.

Es innegable que los regimenes militares han marcado profundamente a un campo profesional impregnado por la experiencia del exilio y cobijado por las ONGs y otras instancias internacionales, por lo que resulta lógico asumir que fue esta experiencia de despojo y errancia la que coadyuvó a la renovación de temáticas y problemas para las renovadas

⁷ Brunner nos dice: "[Y]a ven ustedes que también la felicidad está ahí, como todo lo demás propio de los modernos, nada más que como una metáfora de algo que nos resistimos a olvidar o que no queremos dejar de anhelar, incluso sin saber exactamente lo que ella nombra. Pero de eso que hable la poesía, que la sociología nada promete, menos la felicidad" (*Cartografías* 105).

⁸ Ver Jaime Osorio, *Las dos caras del espejo: ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana* (1995).

⁹ Brunner, *Conocimiento, sociedad y política* (1993). Para una visión regional y matizada, Jaime Osorio. (1995).

agendas intelectuales en cuestión.¹⁰ Sin embargo, más allá de las dramáticas consecuencias de las intervenciones militares, la represión y la censura, no se debe olvidar que desde su primera emergencia, estas constelaciones disciplinarias estuvieron encargadas de diagnosticar el atraso cultural y el impacto de los procesos tardíos de industrialización y urbanización en la región, desempeñando un rol equivalente al ejercido por el positivismo en el siglo diecinueve, en cuanto ideología consagrada a facilitar la pacificación y anexión territorial.

Efectivamente, a lo largo del siglo XIX, la naturaleza indómita de la pampa, la selva y el desierto aparecían como limitaciones del proyecto de civilización latinoamericana y como marca indeleble de nuestro atraso cultural, por esto, no es extraño el carácter de culto religioso atribuido al positivismo en cuanto éste sirvió como modelo de pacificación e incorporación productiva de los territorios salvajes al expansivo circuito del capital y su correspondiente marco institucional.¹¹ De manera análoga, ya

¹⁰ Para el Cono Sur, mencionemos someramente algunos debates decisivos: 1) La determinación del carácter autoritario-burocrático o fascista de los Estados dictatoriales en la región [por ejemplo, las contribuciones de Guillermo O'Donnell o Tomás Amadeo Vasconi (Osorio 1995)]. 2) Desplazando la discusión sobre marginalidad laboral y ejército industrial de reserva de los años sesenta, se abre una discusión sobre informalidad y capitalismo popular, que preparará las bases para los desarrollos posteriores de las teorías transicionales y de gestión gubernamental: sociedad civil, gobernabilidad y descentralización del Estado. 3) El agotamiento del modelo de clases y los desarrollos de la cultura juvenil, de los estudios culturales de Birmingham, y del surgimiento de los verdes y otras iniciativas por el estilo, precipitaron la discusión sobre los llamados "nuevos" movimientos sociales. Y, 4) quizás con mayor fuerza hermenéutica, destaca la relectura de Gramsci y el desarrollo de los estudios en comunicación, más allá de las viejas teorías de la manipulación ideológica y para contrarrestar el inusitado éxito del marxismo althusseriano en la década previa (gracias a la difusión de Marta Harnecker (Osorio 1995; Brunner 1993), y por ello, resulta crucial, a nivel regional, el trabajo de Jesús Martín Barbero [*De los Medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía* (1987)]. Finalmente, el caso de los *Cuadernos de Pasado y Presente* en Argentina, ya a principios de los setenta, y de las recepciones críticas de Althusser y Gramsci [por ejemplo: José Aricó. *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina* (1988)] constituyen un caso aparte y complementario que nos indica los límites de los discursos transicionales y la necesaria consideración de otros nudos teóricos y críticos que desbordan nuestro actual cometido. Todos estos desplazamientos se vieron, a su vez, favorecidos por ciertos nichos institucionales que los hospedaron y potenciaron (CENECA, FLACSO, CLACSO, ILPES, CEPAL, etc.)

¹¹ David Viñas, *Indios, ejército y frontera* (1983); Miguel Vicuña, *La emergencia del positivismo en Chile* (1997). Aun cuando el positivismo tuvo un carácter progresista, en relación a la articulación conservadora-católica-realista, que seguía enquistada en la estructura del naciente Estado nacional, su núcleo era, obviamente, una comprensión del mundo racional determinativa, cuestión que lo

desde comienzos del siglo XX, las nuevas realidades urbanas en la región, con sus impredecibles y desordenadas dinámicas de contaminación de la otrora ciudad patricia, necesitaron del dispositivo analítico de las ciencias sociales para domesticar y normar ya no la naturaleza sino la misma historia. De ahí también, la importancia atribuida a las nociones de conducta desviada, alienación juvenil, particularismo emotivo, rebeldía premoderna, anomia y muchas otras, que repiten en el siglo veinte las frenologías racistas del indio, el peón o el gaucho, propias del diecinueve.

Por otro lado, y de forma coherente, la renovación temática de estas ciencias sociales conllevó la renovación política de un socialismo que se apresuraba a dejar de lado sus lastres estalinistas y partisanos y así, casi simultáneamente con la debacle del mundo soviético, se apresuraba a redefinir sus tácticas y estrategias en una versión acotada y criolla de la perestroika. Este cambio paradigmático y político permitió no sólo definir la transición, sino también reorganizar la democracia chilena, desde una renovada concepción de la responsabilidad política. Comenta al respecto Brunner:

Los socialistas aspiran a ser parte de escuelas, universidades, medios de comunicación que cumplan sus funciones propias con seriedad y con radical valoración de la democracia; aspiran a competir en un marco plural de ideologías e instituciones haciendo presentes sus propias propuestas para el país (77).¹²

Es en este contexto donde resultan importantes la serie de contribuciones elaboradas por científicos sociales tales como el mismo Brunner, Norbert Lechner, Tomás Moulian, Manuel Antonio Garretón, Ángel Flisfisch, Eugenio Tironi y muchos otros. Así, con la aparición de *Cinco estudios sobre cultura y sociedad* (1985), apreciamos un momento crucial en el cambio de perspectivas sobre las transformaciones culturales en el país; innovación que será confirmada un poco después con *El espejo trizado*

constituyó en un elemento central para la articulación del capitalismo expansivo en el siglo XIX.

¹² Y extremando el tono exclamativo, enfatiza: "[Q]ueremos para Chile puertas abiertas y mil visiones que concurren pluralmente a definir las ofertas culturales, así como libertad para expresar en el mercado las demandas culturales y la proliferación de estructuras de múltiples oportunidades para participar en los aspectos creativos de la cultura". ("Modernidad, democracia y cultura" 97)

(1988). Lechner, por su parte, desarrollará en los 80s un sostenido análisis sobre las formas colectivas de organizar y definir el orden social (*La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, 1984), produciendo una crítica consistente de las filosofías de la historia que habitan el corazón tanto de marxistas deterministas como de los nuevos tecnócratas neoliberales. Para estos últimos, “la política consiste en el conocimiento científico de la realidad social (la "ciencia económica") y la adaptación de la voluntad a las necesidades” (151). Y esto sería no sólo expresión de una filosofía decimonónica actualizada según las recomendaciones pragmáticas de la economía, por entonces ya un discurso hegemónico, sino también la postulación de un concepto restringido de práctica política. Por lo mismo, la producción colectiva del orden aparecía como el objetivo de la democracia: "construir esa continuidad en la discontinuidad, es la política; es lo que se opone a lo fugaz y fútil, ordenando la discontinuidad; lo que crea lo común, lo contiguo, lo contrario"(34.) Para Lechner, quién consideraba el proceso de secularización como causa y consecuencia de la crisis categorial de los enfoques tradicionales, y de la crisis social precipitada por las dictaduras, esto se traducía en la necesidad de pensar secularmente la política, es decir, de no remitirla a algún paradigma cerrado, sino concebirla como construcción simbólica colectiva y concreta, referida al problema de los miedos que estructuran la vida cotidiana. Así, refiriéndose a la Unidad Popular nos dice: “[d]esde niño aprendí lo difícil que es construir amistades, rutinas, el mismo lenguaje [...] arraigarse en un barrio, vivir una ciudad. Por eso, en el último año de la unidad popular las tensiones se me hacen insostenibles [...] (*La conflictiva* 13). El desorden institucional y cotidiano de la Unidad Popular fue reemplazado por el miedo como experiencia colectiva, en tiempos de dictadura, que debía dar paso a una definición colectiva del orden social como condición indispensable de la democracia. Sin embargo, todavía es necesario interrogar los límites institucionales y la generalidad de dicha definición colectiva, precisamente porque la ambigüedad de su noción de orden deja el problema inconcluso.

Si la política consiste en producir ofertas variadas de certidumbre, entonces la suspensión de la política por la dictadura es la generalización de

un estado angustiante de incertidumbre. La transición a la democracia tenía, por lo mismo, como tarea principal, la restitución de la confianza y la estabilidad social, expulsando al miedo dictatorial de la vida cotidiana. Sin embargo, el límite de esta práctica colectiva estaba en un ambiguo concepto de orden social: “[e]l orden es la encarnación de la vida. Es el ser. El ser se presenta bajo forma de orden y no podemos concebirlo sino como forma ordenada. El orden es la vida enfrentada a la muerte” (*La conflictiva* 73). Si el orden es el ser, la vida, el desorden es el no ser, el caos, la muerte. En la medida en que la democracia transicional es concebida como orden y ser, entonces, el pasado indiferenciado (predictadura y dictadura) aparece como desorden y no-ser.¹³

Así, la proposición de un concepto heterogéneo de modernidad, basado en los mercados pluralizados y en las dinámicas masmediáticas de la cultura, será complementada con una necesaria reflexión sobre la política en cuanto conjunto de prácticas no sólo distinguibles de la lógica instrumental de la representación partidaria, sino concernidas con la definición colectiva del orden deseado. Pronto, sin embargo, se hará evidente cómo estas propuestas quedaron limitadas a la lógica de reconfiguración civil de una estructura piramidal de poder y toma de decisiones (Concertación de Partidos por la Democracia), que usurparon el lugar de los sectores populares (masas u hordas) volcados a las calles en los años 80s, remitiéndolas mediante la lógica de la promesa y del realismo político, a una pactada negociación con los bloques militares y tradicionales todavía enquistados en el aparato estatal.

¹³ Sin embargo, la importancia del trabajo de Lechner todavía está a la espera de un análisis comparativo con los desarrollos contemporáneos de la teoría social (con el neoconservadurismo americano, las sociologías del riesgo y la tercera vía, el institucionalismo sociológico, la teoría de la hegemonía, etc.). Por otro lado, es necesario señalar cómo, aún cuando nos plantea los problemas centrales sobre la cuestión de la política y el conflicto social en los años 80s, su trabajo sigue dependiendo de una lectura absolutamente convencional del marxismo y de una ambigua definición del problema del orden social. La hipotética antropología política de la que hablábamos al principio, cuando referíamos a un cierto hobbesianismo generalizado en estos discursos, se expresa en un concepto de orden que fluctúa entre construcción social y condición normativa indispensable para esa misma construcción, es decir, que funciona como presupuesto normativo y efecto normalizador de la política. En Chile, habría que contrastar sus aportes no sólo con los de Brunner, sino con los de Eugenio Tironi y Ángel Flisfisch.

Desafortunadamente, las mismas reconstrucciones que permitieron importantes planteamientos en el ámbito de la cultura y la comunicación, permitieron ostentar un saber sobre *lo que pasó* en tiempos de transición a la democracia, es decir, en momentos en que se abría una disputa por las diversas versiones del pasado y las formas de significar la violencia dictatorial. Todo esto motivará el desenmascaramiento de las complicidades entre las ciencias sociales y el transformismo dictatorial, por parte de Tomás Moulian (*Chile Actual. Anatomía de un mito*, 1997), quien caracterizó a la misma transición como un maquillaje *gatopardista* destinado a expropiar la historicidad de las diversas narrativas que confluyeron hacia el fin de la dictadura.

3) Golpe, dictadura y excepción

De todas maneras, es importante recordar que las limitaciones expuestas hasta ahora no se siguen de una condena moral o ingenuamente denunciante, sino de la necesidad de suspender y criticar la sancionada versión de la historia que estos discursos presentan. No es posible un concepto radical de heterogeneidad sin una consideración post-teleológica de lo político. Y, aunque es posible atisbar elementos relevantes en las reflexiones de muchos de estos autores, persiste en ellos, en términos generales, una vieja manía excepcionalista de narrar la historia desde presupuestos evolutivos, juridizantes y restringidos. En concreto, no puede haber heterogeneidad radical sin suspensión del excepcionalismo y, a la vez, no puede haber una práctica intelectual crítica sin la destrucción de los criterios evolucionistas propios al continuismo jurídico de la escena chilena. Confundir nuestra crítica con un marxismo convencional sería no comprender que el problema al cual apuntamos es la “especialización de la temporalidad” explícita en la elaboración de una teoría redentorista del golpe y en una indiferenciación generalizada del pasado histórico, en una suerte de no-ser populista y caótico. Tampoco se trata de concebir las innovaciones paradigmáticas con respecto al campo cultural y comunicacional, como efecto super-estructural de un cambio en el modo de producción económico o en la base material de la sociedad, pues dicho modelo perpetua las limitaciones ancestrales del pensamiento crítico

latinoamericano. La consideración crítica del excepcionalismo chileno es una primera condición para la elaboración de una comprensión post-teológica y post-normativa de lo político, pero ello supone evidenciar la operación efectiva de estas narrativas reconstructivas.

Quizás, el lugar en que la función contrainsurgente de las prosas reconstructivas de estas ciencias sociales se hace más evidente, es en su versión de las características, desarrollo y causas del golpe militar y la crisis institucional de Chile en 1973. Versión en la que se enfatiza cómo la polarización política e ideológica, el agotamiento del sistema de representación formal y la tradición constitucional, llevaron al golpe, y como éste implica un quiebre de la continuidad jurídica de la república. Se trata de una lectura marcada por cierto criterio jurídico de comprensión de la misma política, el cual se expresa en la representación de las causas del golpe como un agotamiento del sistema de representación que llegaba a los años 70s, deslegitimado y sobrecargado de expectativas, todo esto gracias a un proceso de radicalización de las demandas sociales iniciado, más o menos, con los gobiernos radicales y la estrategia del frente popular en los años 40s. En este periodo, y de manera progresiva, se habría agotado el sistema político sometido a demandas sociales inabarcables, cuestión que explicaría la crisis de legitimación de la misma actividad política. Esto habría coincidido con una sobre-ideologización debida, entre otras cosas, a un contexto latinoamericano efervescente: la revolución cubana, los conflictos en Europa y Vietnam, la constitución de grupos de izquierda militarizados en el Cono Sur, etcétera. Además de una polarización política, es decir, de un proceso de radicalización causado por el agotamiento del partido político de centro, fundamental—según éste análisis—para mantener los equilibrios, cuestión que habría precipitado, en términos concretos, la deslegitimación de la estrategia del frente amplio y la radicalización de las posturas de extrema derecha e izquierda. Esto repite el corazón argumental de lo que el sociólogo alemán Claus Offe ha llamado, en referencia al proceso europeo, las teorías conservadoras de la crisis (*Contradicciones* 1990).

Así, el golpe es leído como resultado de la convergencia entre el agotamiento del sistema de representación nacional, la sobre-

ideologización de la sociedad y la polarización de la misma práctica política.¹⁴ Por supuesto que estos son importantes elementos a considerar, como también debieran serlo las relaciones entre la derecha chilena y el Pentágono, la puesta en práctica de la doctrina de seguridad nacional y las estrategias del *containment* emanadas desde el norte, y los procesos de reconstitución de la economía mundial y la necesaria desestructuración del patrón de acumulación nacional para la implementación del patrón de acumulación asociado a la globalización neoliberal. Y, en un plano local, la paulatina desarticulación de la disciplinada relación de representación de los sectores populares por parte de los partidos políticos tradicionales y la pérdida de eficacia de la interpelación autoritaria hacia estos sectores, que empiezan a cansarse de los sostenidos abusos por parte de una “clase política” auto-referencial, autoritaria y oligárquica. Obviamente, reducir el golpe y la predictadura a este esquema, es la clave de la prosa criolla de la contrainsurgencia, que opera como borradura e indiferenciación del pasado, y como recorte normativo e institucional de la política, en el presente.

En este contexto, el golpe también ha sido leído, según el discurso más obvio de la historiografía nacional, como la suspensión o ruptura de la vieja tradición constitucional y democrática de la república. El caso paradigmático de una historiografía orientada por este criterio se encuentra en la *Vulgata* oficial ampliamente difundida por el diario *La Segunda* en 1998, escrita por el historiador Gonzalo Vial. Para éste, el golpe es el inevitable resultado de 1) la polarización engendrada por los planes globales inaugurados en los 60s, por la Democracia Cristiana y radicalizados por la Unidad Popular (nacionalización, reforma agraria, educación unificada, etc.); 2) la crisis de seguridad debida al fuerte

¹⁴ Son muchas las interpretaciones que comparten este esquema, pero mencionemos sólo algunas: Norbert Lechner, *La democracia en Chile* (1970); Manuel Antonio Garretón, *Reconstruir la política. Transición y consolidación democrática en Chile* (1987); Garretón y Tomás Moulian, *Análisis coyuntural y proceso político: la fase del conflicto en Chile: 1970-1973* (1978); Garretón y Moulian *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile* (1983); Garretón, *La faz sumergida del iceberg. Estudios sobre la transformación cultural* (1993) y *Hacia una nueva era política: estudio sobre las democratizaciones* (1995); Eugenio Tironi, *La Torre de Babel* (1984) especialmente el capítulo intitulado “El quiebre de 1973”. También, Paul Drake e Ivan Jasik (compiladores), *El difícil camino hacia la democracia* (1993).

incremento de la violencia política asociada con la importación del foquismo o guevarismo; 3) la paranoia de una derecha asustada por la insolencia de un populacho exaltado; y, 4) la impostergable responsabilidad cívica de unas fuerzas armadas legalistas pero llamadas a terreno para controlar estos excesos. Esta *Vulgata* fue difundida en formato facsimilar en un momento en que el silenciado juicio a los responsables de violaciones a los derechos humanos estaba adquiriendo una peligrosa resonancia, gracias al breve arresto de Pinochet en Inglaterra. Por ello, lo que aquí aparece como un intento de justificación del golpe, y como complemento de los mismos “argumentos” del dictador esbozados en su “carta a los chilenos” (1998), precipitó el *Manifiesto* de los historiadores publicado en diversos medios de prensa del país.¹⁵ En él se nos dice:

En conjunto las tesis históricas de Gonzalo Vial se refieren al periodo que permite explicar (y justificar) el Golpe de Estado de 1973, y están arregladas de modo de atribuir, a los afectados por este golpe (las facciones que implementaban ‘planificaciones globales’ y las que desestimaron la vía electoral-parlamentaria), la responsabilidad ‘provocativa’ de la crisis, por haber creado las condiciones de inestabilidad, ilegalidad y violencia que hicieron ineludible y necesaria la acción militar (*Manifiesto* 14).

Asumiendo un punto de vista desmitificador, el *Manifiesto* repudia el uso de la historia (*story*) contra la historia (*history*), señalando que “el intento de ‘reducir’ la crisis estructural de la sociedad chilena a la crisis ‘política’ del periodo 1970-1973, y la responsabilidad histórica estratégica al programa reformista de la Unidad Popular, no tiene cabida en la lógica del análisis científico, por más que lo tenga en la lógica del alegato faccional” (11). Obviamente, más allá de la apelación retórica a un cierto proceder científico, opuesto en este caso a la justificación de Vial, lo cierto es que el *Manifiesto* está firmado por historiadores que no desconocen que la determinación de la verdad histórica no es un problema de ciencia versus partisanismo, sino un problema de construcción política radical. Las disputas por el pasado (o los combates por la historia, para citar más de algún afortunado opúsculo) no son disputas por establecer una versión

¹⁵ Sergio Grez y Gabriel Salazar (comps), *Manifiesto de historiadores* (1999).

estándar de los hechos, sino por limitar o potenciar las posibilidades del presente.

A la vez, el hecho que la versión de Vial sea grosera y explícita no debe hacernos olvidar su carácter generalizado. El predominio de un excepcionalismo jurídico y evolucionista, acompañado de una obvia justificación de la intervención armada es compartido, concientemente o no, por la mayoría de discursos que irreflexivamente siguen reposando en la llamada excepcionalidad chilena, un presupuesto que alcanza a gran parte de los intelectuales llamados a dar cuenta de nuestro accidentado pasado nacional.¹⁶ Y esto ocurre a pesar de las abundantes condenas morales al proceder de la dictadura.

En términos generales, el golpe habría sido una ruptura que realiza el proceso excepcionalista chileno, interrumpiéndolo y confirmándolo a la vez, después del naufragio populista. Pero esta concepción es relevante, además, porque permite comprender las similitudes entre aquellos que lo conciben como excepción necesaria para la recuperación de una tradición amenazada por el insolentado populacho de la Unidad Popular y, aquellos que piensan la transición a la democracia como *recuperación* de esa misma tradición (entre los excepcionalistas jurídicos y los excepcionalistas republicanos). La determinación del golpe como un accidente o como un destino inexorable, en todo caso, no supone, como fácilmente se podría creer, dos concepciones distintas de la temporalidad, sino una y la misma: aquella preñada de continuismo jurídico que insiste en evaluar la evolución

¹⁶ El excepcionalismo chileno se refiere a la construcción de un relato histórico-literario sobre su belleza natural (desde las cartas de Pedro de Valdivia hasta los comentarios de Bolívar, la poesía de Andrés Bello, los viajes de Darwin, las taxonomías de Humboldt o Claudio Gay, la poesía de Neruda o de Rokha, etc.). Su carácter aguerrido y heroico (la Guerra de la Araucanía, la Guerra del Pacífico, la lucha armada, etc.). Su estabilidad institucional (desde el Estado en forma de Diego Portales, hasta los discursos sobre la “recuperación” de nuestra tradición democrática, en los años noventa). Su madurez cívica (desde la omisión de la pacificación genocida de los territorios del sur, hasta la misma consideración de la transición chilena como milagro exportable). Este relato fundamenta, a su vez, un criterio de análisis que opera de manera evolucionista, concibiendo la misma historia excepcional de Chile como permanente progreso moral y jurídico del Estado y la sociedad. Lo que resulta problemático, en cualquier caso, es la irreflexiva aceptación y generalización de este dispositivo, más allá de la historiografía tradicional, cuestión evidente en las concepciones institucionalistas de la política en postdictadura, y asimismo, en las narraciones heroicas de la militancia partisana (excepcionalismo invertido).

política del país de acuerdo a un criterio institucional y termina remitiendo la actividad política al estrecho marco de la racionalidad estatal. El golpe no es ni un accidente ni una necesidad, sino un reiterado ejercicio de reconfiguración institucional frente a las amenazas precipitadas, esta vez, por la radicalización de las demandas sociales. No necesitamos una teoría insurreccional para evidenciar el claro sesgo contrainsurgente que fundamenta a una prosa que insiste en indiferenciar todo en un marco general de predictadura, populismo y polarización. Pues, si partimos de un concepto sustantivo de heterogeneidad, entonces se hace evidente la función de “aparato de captura” y “espacialización de la temporalidad” que le cabe al modelo contractualista que todavía subyace a estos discursos.

Por todo esto, la caracterización del periodo predictatorial como populista, sobreideologizado y polarizado, conlleva una lectura de la dictadura como instancia de aprendizaje para una sociedad que se dirigía, inexorablemente, a la crisis. Una experiencia necesaria de fracaso que permitirá acceder a las claves de una política secularizada—medurada, realista, postclasista, modernizante—a la que deberá atenerse el Chile contemporáneo. Todo ello, además, como condición de posibilidad de la re-democratización nacional. Así, la falta de historia para pensar la historia se hace ostensible y, dado este consenso interpretativo, no debería extrañar que ahora se entienda que fue la Unidad Popular la que nos *dirigió* hacia la dictadura, la cual es presentada como *necesaria* disolución de la vieja matriz *populista* (Garretón, *Hacia una nueva era política*).¹⁷ A la vez, el uso de la noción de polarización funciona como una explicación hipostasiada del golpe, que favorece un relato sobre la historia interesadamente des-politizador y consistente con la caracterización de la predictadura como caída abismal en el caos popular. Por ello, en los años 90s, cualquier intento por radicalizar los tímidos límites de la democracia

¹⁷ Cabría preguntar, sin embargo, si es cierto que “populismo” es una noción adecuada para pensar esta situación, ¿es cierto que la función adjetival de esta categoría resuelve los problemas relativos a una concepción post-normativa de lo político? Por otro lado, ¿es cierto que el periodo histórico asociado con la Unidad Popular es, sin más, un caso de populismo? ¿Es cierto que los cordones industriales y poblacionales y otras diversas formas de autogestión y poder popular, más allá de la acotada relevancia de los aspectos institucionales relativos al gobierno de Salvador Allende, son tan sólo detalles insignificantes para el análisis?

vigilada era denunciado inmediatamente como recaída en la polarización y todavía hoy, los informes sobre violencia política, tortura y violación de los derechos humanos, perpetrados en la guerra sucia dictatorial, son de manejo restringido y no público, en función de “evitar” dañar el difícil proceso de reconciliación nacional y polarizar las posiciones en conflicto; un conflicto, valga decirlo, que se ha enterrado y desplazado desde lo público, como otro detenido desaparecido de la historia.

Todo este ejercicio se complementará, consistentemente, con las idiosincrásicas interpretaciones de la dictadura. Si la predictadura es el no-ser, el error absoluto, la dictadura, más allá de su sangrienta materialidad, aparece como instancia de redención y re-acondicionamiento de un desgastado Estado en forma. Por lo tanto, no debe impresionar que de esta experiencia catastrófica se pretendan obtener las enseñanzas necesarias para actuar con mesura, realismo y madurez en la actualidad; esto vuelve a confirmar cuan difundida está la llamada hipótesis represiva en este imaginario intelectual de la transición. Esta hipótesis no sólo ha determinado el escenario predictatorial como nefasto y sobrecargado, y el golpe como interrupción de la fiesta populista, sino también a la misma dictadura como una experiencia de desarticulación de las formas de convivencia nacional, de expropiación de la vida colectiva, de manipulación y miedo, pero más sustancialmente, como una experiencia de maduración y aprendizaje para una nueva política en tiempos de modernidad tardía y socialismo renovado.

En este sentido, Eugenio Tironi¹⁸ percibe el proceso dictatorial como la destrucción de una forma de asociación pública o de representación colectiva que era fundamental en la configuración del orden social. Esta disolución produce una brecha infranqueable entre la política, fuertemente custodiada, y la vida privada, brecha que deriva en la consiguiente ausencia de representaciones colectivas. Sin vida pública, las expresiones de descontento social y de desacuerdo tienden a desplazar sus núcleos afectivos a otras instancias, perdiendo el vínculo con formas colectivas y orgánicas de autorregulación normativa y de racionalidad. La

¹⁸ *Autoritarismo, modernización y marginalidad: el caso de Chile, 1973-1989* (1990).

marginalización de la vida pública en las sociedades autoritarias, a pesar de su creciente modernización, resulta en un impedimento infranqueable para la democracia, precisamente porque la manifestación preponderante de dicha marginalidad es la conducta violenta e irracional de las masas desbocadas.

Sin embargo, la lectura de Tironi no sólo remite la vida colectiva a una manifestación institucionalmente regulada sino que concibe los movimientos de protesta de los años 80s, como manifestaciones anómicas en un periodo, el dictatorial, en que la vida pública estaba fuertemente reprimida. Este tipo de análisis se repite en Garretón (1995) para el cual, sólo con la rearticulación de las lógicas partidarias, a mediados de los años 80s, es posible hablar de verdaderos actores políticos de oposición. Para uno, las manifestaciones y huelgas que se desarrollaron entre el año 1982 y el año 1986 son secundarias a la necesaria reconfiguración institucional y de criterios normativos que regulen la tendencia de los movimientos de masas a la anomia. Para el otro, sin orgánicas políticas que medien entre el Estado y la sociedad civil, cualquier manifestación oposicional emanada desde la sociedad carece de direccionalidad estratégica. Para decirlo en los términos de Deleuze y Guattari—en vez de Durkheim, Parsons y Touraine—, ambos comparten una concepción molar de la sociedad y expresan, otra vez, la clave excepcionalista que limita la heterogeneidad efectiva, expropiando el protagonismo de los movimientos de protesta y, remitiéndolos a un pluralismo formal y oficial.

Por esto, no es extraño que la comprensión de la modernidad referida a unos cuantos núcleos institucionales de acción (escuelas, mercados, Estado y sociedad civil), se muestre ahora como comprensión de las manifestaciones sociales de los años 80s en cuanto expresión de la crisis anómica y de la des-composición de la sociedad chilena. Toda esta falta de consideración del problema de la agencia social, se expresará no sólo en la caracterización patológica de las protestas de los años 80s, sino también en la legitimación de una lógica de negociación neo-corporativa propia de la pactada transición a la democracia (Ruiz, *Seis ensayos sobre teoría de la democracia*, 1993).

Pero el golpe y la dictadura fueron también una desarticulación de la vida colectiva y una refundación radical de la institucionalidad y de las formas de convivencia nacional. Ambos procesos fueron tanto una manifestación patente de la doctrina de seguridad nacional y de su estrategia de *containment* y contra-insurgencia en tiempos de Guerra Fría, como también una práctica soberana caracterizada por su re-fundación del marco jurídico y del orden político y social (Constitución de 1980). Y todavía más, permitieron la implementación de las medidas neoliberales en condiciones de cruenta represión social. Por ello, Tomás Moulian concibe la dictadura chilena como “revolucionaria” en el sentido de una transformación neoliberalizante, privatizadora, desreguladora, pero en condiciones represivas y aceleradas (Moulian, *Chile actual*). La modernidad nacional aparece así, indefectiblemente ligada al golpe y la dictadura, un efecto calculado de las ingenierías neoliberales que serán asimiladas al interior de una teoría flexible de la cultura, pero restringida de lo político.

Aparentemente, este *fundacionalismo* jurídico-militar estaría en contradicción con el excepcionalismo de la narración historiográfica que pone su acento en la continuidad del *Estado en forma* nacional. Sin embargo, es plenamente consistente con éste en la medida en que la dictadura es leída como una salvación, una recuperación del desbocado camino chileno a la democracia. En este sentido, el excepcionalismo chileno adquiere dos significados complementarios: uno jurídico, para el que la dictadura es una excepción que interrumpe la crisis populista; y el otro republicano, para el que dicha interrupción confirma el carácter excepcional de la larga tradición republicana del país. Por un lado, se trata de un excepcionalismo emanado de una asentada cultura cívica y de una vocación republicana que habría caracterizado al país desde los inicios de su vida independiente. Gracias a ello, Chile sería el ejemplo de un equilibrado proceso de evolución institucional y constitucional que se habría interrumpido por el desorden inherente a la Unidad Popular, pero que con la intervención militar habría vuelto a su cauce original. Así, el golpe sería una excepción disciplinante aplicada sobre la excepción histórica de la Unidad Popular. Pero, a la vez, la transición será

coherentemente leída como *recuperación* de una tradición suspendida por el breve pero necesario intervalo militar. Habría que considerar, en cualquier caso, la plena convergencia de excepcionalismo jurídico y democrático en la actualidad, por ejemplo, en las argumentaciones norteamericanas que, basadas en su supuesta condición excepcional como “tierra del futuro de la humanidad”, no escatima en la suspensión del derecho internacional, y del marco jurídico soberano moderno, a la hora de implementar su guerra preventiva.

Considerar la interrupción del excepcionalismo chileno como un accidente que ocurre entre 1970 y 1973 ó, por el contrario, entre 1973 y 1989, no cambia mayormente las cosas. Sin importar donde posemos *la excepción*, el continuismo jurídico sigue operando como un presupuesto naturalizado del análisis histórico y social. Pero, la historia de Chile no es ni excepcional ni particularmente diferente de las demás historias nacionales en la región, todas ellas también contadas, generalmente, desde un insistente exclusivismo. Y esta dictadura, aun cuando tiene innegables especificidades, aún responde al patrón generalizado de una historia regional en la cual el militarismo es más bien una constante que una novedad. Exagerando el argumento, bien podría señalarse que desde los inicios de su vida republicana, el continente ha estado en un permanente estado transicional de (post)-dictadura, para alcanzar la realización del proyecto criollo nacional. Entonces, el golpe no puede ser ni una excepción ni un presunto comienzo del análisis, sino que debe ser devuelto al decurso de una historia que parece repetirse y citarse a si misma, a menos, claro, que estemos dispuestos a reiniciar los nunca acabados combates por la historia.

Ir más allá de este modelo excepcionalista implica no sólo asumir las transformaciones contemporáneas de la sociedad y la política, sino también comprender la inutilidad de las nociones capitales del pensamiento crítico moderno. La *intelligentsia cultural* chilena y latinoamericana que fue capaz de desplazar los rígidos modelos de cultura, mercado y práctica intelectual, desde las formulaciones más tradicionales, todavía debe cuestionar radicalmente su insistencia en modelos de acción y política dependientes de nociones tales como sociedad civil, mercados

simbólicos y gobernabilidad. Sobre todo hoy, cuando el excepcionalismo no aparece como una cuestión acotada, sino como el núcleo esencial de una nueva razón imperial. ¿No habrá sido el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, un signo de transformación de la configuración geopolítica del mundo, confirmado casi 30 años después, con los atentados del 11 de septiembre del 2001, en Nueva York? Pasamos desde la contrainsurgente Doctrina de Seguridad Nacional a la Doctrina de Guerra Preventiva, y en ese paso, muchos festejan nuestras recuperadas, tímidas y anecdóticas democracias. Pero, esto es claramente insuficiente. Debemos preguntarnos ¿cuál es el estatuto real del golpe de Estado de 1973?, ¿cómo se relaciona dicho suceso con aquel que lo repite (y confirma) treinta años después? Si es que no hay, efectivamente, acontecimiento sin inscripción, entonces la repetición es una forma de ser de la relación entre acontecimiento y temporalidad. La repetición abre la serie y disloca el eje de la narración, haciéndonos ver que la verdadera transición chilena se dio, como más de alguno ha observado, desde el Estado nacional al mercado global. Cuestión que muchos elogian.

Bibliografía

- Aricó, José. *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Puntosur Editores, 1988.
- Barbero, Jesús Martín. *De los Medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: Ediciones G. Pili, 1987.
- Beverley, John. *Subalternity and Representation. Arguments in Cultural Theory*. Durham: Duke University Press, 2000.
- Brunner, José Joaquín. *El espejo trizado. Ensayo sobre cultura y políticas culturales*. Santiago: FLACSO, 1988.

- . "Modernidad, democracia y cultura". En: *Chile hacia el 2000*. Santiago: Nueva Sociedad, 1988.
- . *Educación superior en América Latina: cambios y desafíos*. Chile: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- . *Conocimiento, sociedad y política*. Santiago: FLACSO, 1993.
- . *Cartografías de la modernidad*. Santiago: Dolmen, 1994.
- . *Bienvenidos a la modernidad*. Santiago: Planeta, 1995.
- . "Sobre el crepúsculo de la sociología y el surgimiento de otras narrativas". *Revista de Crítica Cultural* N° 15 (Santiago: 1997). 29-31.
- . *Posmodernidad y globalización cultural*. Santiago: FCE, 1998.
- Brunner, José Joaquín y Gonzalo Catalán. *Cinco ensayos sobre cultura y sociedad*. Santiago: FLACSO, 1985.
- Brunner, José Joaquín y Tomás Moulian. *Brunner vs. Moulian. Izquierda y capitalismo en 14 rounds*. Santiago: Editorial El Mostrador, 2002.
- Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el aire*. Lima: Editorial Horizonte, 1994.
- Drake, Paul e Ivan Jasik (compiladores). *El difícil camino hacia la democracia*. Santiago: FLACSO, 1993.
- García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Argentina: Páidos, 1992.
- Garretón, Manuel Antonio. "Bloqueo interno y presión externa: la transición en Chile". *Revista Proposiciones* n° 12 (Sur Profesionales, Santiago: 1986).
- . *Reconstruir la política. Transición y consolidación democrática en Chile*. Santiago: Andante, 1987.
- . *La faz sumergida del iceberg. Estudios sobre la transformación cultural*. Santiago: LOM-CESOC, 1993.
- . *Hacia una nueva era política: estudio sobre las democratizaciones*. Santiago: FCE, 1995.
- Garretón, Manuel Antonio y Tomás Moulian. *Análisis coyuntural y proceso político: la fase del conflicto en Chile: 1970-1973*. Costa Rica: Ediciones Centro América, 1978.

- . *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*. Santiago: SESOC, segunda edición, 1993.
- Grez, Sergio y Gabriel Salazar (Compiladores). *Manifiesto de historiadores*. Santiago: LOM Ediciones, 1999.
- Guha, Ranajit. *Dominance without Hegemony: History and Power in Colonial India*. Massachusetts: Harvard University Press, 1997
- Harvey David. *A Brief History of Neoliberalism*. New York: Oxford University Press, 2005.
- Herlinghaus, Hermann. *Renarración y descentramiento. Mapas alternativos de la imaginación en América Latina*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2004.
- Lechner, Norbert. *La democracia en Chile*. Buenos Aires: ediciones signos, 1970.
- . *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Santiago: FLACSO, 1984.
- . *Los patios interiores de la democracia*. Santiago: FLACSO, 1988.
- Mignolo, Walter. *Local Histories/Global Design: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 2000.
- Morandé, Pedro. *Cultura y modernización en América latina. Ensayo sociológico obre la crisis del desarrollismo y su superación*. Santiago: Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1984.
- Moulian, Tomás. *La forja de ilusiones*. Santiago: ARCIS-FLACSO, 1993.
- . *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago: LOM, 1997.
- Offe, Claus. *Contradicciones en el Estado del Bienestar*. Madrid: Alianza, 1990.
- Ortiz Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978
- Osorio, Jaime. *Las dos caras del espejo: ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*. México: Triana Editores, 1995.
- Rama, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI Editores, 1982.

- Rincón Carlos. *Mapas y Pliegues: ensayo de cartografía cultural y de lectura del neobarroco*. Bogotá: Cocultura, 1996.
- Ruiz, Carlos, *Seis ensayos sobre teoría de la democracia*. Santiago: Universidad Nacional Andrés Bello, 1993.
- Subercaseaux Bernardo. *Notas sobre autoritarismo y lectura en Chile*. Santiago: CENECA, 1984.
- Fin de Siglo. La época de Balmaceda. Modernización y cultura en Chile*. Santiago: Aconcagua, CENECA, 1988.
- Tironi, Eugenio. *La Torre de Babel, ensayos de crítica y renovación política*. Santiago: SUR Profesionales, Santiago, 1984.
- . *Autoritarismo, modernización y marginalidad*. Santiago: Sur Profesionales, 1990.
- Varios Autores. "Marginalidad, movimientos sociales y democracia". *Revista Proposiciones*. N° 14 (Santiago: 1987).
- Vicuña, Miguel. *La emergencia del positivismo en Chile*. Santiago: Universidad ARCIS, 1997.
- Víñas, David. *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Santiago Arco Editores. 1983.